# El padre bueno (Lc 15,11-32)

También les dijo: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”. Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron a celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”. Él le dijo: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”».

### Dame

La parábola inicia con una breve descripción del contexto: un padre con dos hijos, y uno de ellos pide su parte de la herencia, como si el padre ya estuviera muerto. Cuanto menos es de mal gusto… Este es el desencadenante de todo lo que sigue: la forma de pedir, aquello que pedimos, no siempre es inocente. Hay que tener cuidado con aquello que se pide, no vale pedir cualquier cosa.

### Empezó a pasar necesidad

Si nos dejamos llevar tan solo por nuestros deseos, entramos en una dinámica que nos puede llevar muy lejos del camino, como una bola de nieve que se hace cada vez más grande a medida que desciende por la colina. Y todo porque nuestro deseo nunca se verá satisfecho por ninguna de las cosas que encontramos en el mundo. Siempre pide más y más, prometiendo colmarse con lo próximo que le aportemos y, sin embargo, seguimos experimentando un vacío que no somos capaces de llenar.

### Se levantó y vino adonde estaba su padre

Los cristianos de todas las épocas han insistido una y otra vez que ese vacío solo puede ser llenado por Dios, nuestro Padre. Y aunque Dios no es un objeto que podamos comprar en el mercado, acercarnos a él requiere de un cierto esfuerzo por nuestra parte. Al menos la acción de levantarse y mostrar con los hechos que queremos que forme parte de nuestra vida.

Dios no puede imponernos la conversión. Nos deja libres. Quiere que seamos nosotros quienes, en absoluta libertad le acojamos. Nunca nos obliga.

### Padre, he pecado contra el cielo y contra ti…

El hijo piensa con cuidado qué decirle a su padre para convencerle, y lo ensaya una y otra vez. Y cuando ya se lo sabe de memoria, emprende el camino y se acerca a su antigua casa. Antes de percatarse de que era su padre, ve a una figura corriendo hacia él, y en cuanto puede da comienzo a su impostada charla. El padre, sin embargo, no entiende de razonamientos vacíos, solo hace caso al amor. Le sobran todas las palabras, y con un abrazo calla a su hijo. Un abrazo mucho más elocuente que todos los discursos preparados.

También es este el modo en que funciona el amor de Dios. No hay que usar muchas palabras, hay que amar con sinceridad, con todo el corazón.

### No quería entrar

El hijo pequeño no había entendido en qué consiste el amor del padre. Pero tampoco lo había entendido su hermano mayor. Cree que el amor se puede contar, se puede medir en número de regalos, de acciones buenas, de palabras bonitas… Pero el padre no entiende de nada de eso. Ama gratis, sin pedir nada a cambio, sin rencor, sin medida. Es un amor que desborda todas las cuentas.

### Este hermano tuyo

El hermano mayor vive esclavo del rencor. Se quiere distanciar de la casa y de su hermano pequeño. Y el padre, al igual que hizo con su otro hijo, también sale a buscarlo. En su enfado, el hermano mayor se refiere al pequeño como “ese hijo tuyo”, y el padre le recuerda “este hermano tuyo”. También a nosotros nos resulta más sencillo decir que todos los seres humanos son hijos de Dios, que decir que todos son hermanos míos.

Con estas palabras, el padre procura mostrar a su hijo en qué consiste el amor.

### Para meditar

Algunas preguntas que quizá te ayuden:

* ¿Qué le pides a Dios?
* ¿Hacia dónde te mueve el deseo? ¿En qué momentos de tu vida te has dejado llevar por un deseo descontrolado?
* ¿Qué acciones has realizado últimamente para acercarte a Dios?
* ¿Cómo puedes purificar tu amor? ¿Cuántas palabras vacías hay en tus relaciones?
* ¿A quién te pareces más: al hermano pequeño o al mayor? ¿En qué aspectos se aprecia esto? ¿Cómo volver a casa?
* ¿Hay alguna experiencia de tu vida que todavía te genere rencor?